

Vocación y crecimiento de la persona

Xosé Manuel Domínguez Prieto
Miembro del Instituto E. Mounier

Afirma el psiquiatra Viktor Frankl que, posiblemente, la principal causa de depresiones que se sufren en nuestra sociedad se deba a que mientras que la mayor parte de las personas sabemos bien **cómo** vivir nuestra vida, no son tantos los que conocen el **para qué** de su vida. En efecto, todos nos ocupamos afanosamente de resolver cuestiones como en qué ganarnos la vida, en qué trabajar, qué comer, qué vestir, dónde vivir, dónde pasar las vacaciones pero no tanto de buscar un sentido global y profundo a lo que hacemos. Sin embargo junto con el lógico desasosiego por resolver el «cómo» de nuestra vida, bulle en lo más íntimo en nosotros una inextirpable inquietud por dar con el **para qué**, por encontrar el sentido profundo de nuestra existencia, por conocer y concretar nuestra **vocación**.

De todas formas, cuando se habla comúnmente de «vocación», se suele entender, ante todo, como «profesión» o «dedicación» a la que uno se siente inclinado o con la que se está ilusionado, o para la que está bien dotado. Así, se habla cotidianamente de la vocación de médico, de profesor, de enfermería, de músico, y de otras profesiones que exigen una entrega que suele ir más allá de los límites de un horario laboral. Quedémonos, por ahora, con esta exigencia de totalidad. Porque también se da en otra acepción vulgar del término «vocación»: aquella que se aplica a aquellos que optan por consagrar su vida a la religión. Así, de sacerdotes, religiosas y religiosos, se dice que tienen vocación. Y, afor-

tunadamente, desde el Vaticano II se habla también en el mismo sentido de «vocación matrimonial». Se entiende también que esta vocación abarca a toda la persona.

Pero ¿es éste el sentido radical de lo que es la vocación? Si así fuese, habría que admitir que muy pocas personas tienen realmente alguna vocación, y que los demás andan por la vida a tientas y ocupados en lo que sea menester.

Vocación como la manifestación de nuestro dinamismo esencial

Todos constatamos que aspiramos siempre a más, que nuestro dinamismo más íntimo es el de **crecer hacia la plenitud**, dar-de-sí, aspiramos a existir en plenitud.¹ Todos queremos «ir a más» en el trabajo, en el amor, en nuestras cualidades físicas y morales. Y esto ocurre en la medida en que vamos actualizando nuestra potencialidades de crecimiento y creatividad, ponemos en orden todas nuestras dimensiones² y nos curamos de todo lo que bloquea esta aspiración,³ lo cual sólo ocurre en el encuentro con los otros y con el Otro.

Excepto en nuestra dimensión física, que a partir del tercer decenio de nuestra vida no progresa, en el resto de nuestras capacidades (intelectivas, afectivas, de relación con los demás, volitivas, lingüísticas, manuales, etc.) podemos siempre ir a más. Ejemplos notables lo tenemos en personas de creciente actividad aún con el pa-

so de los años. Recuerdo ahora a algunos octogenarios que mantuvieron su pasmosa actividad creativa hasta el día de su muerte: Goethe, Bach, Bernard Shaw, Teresa de Calcuta, Torrente Ballester, Zubiri, Jünger y otros muchísimos.

Pero el caso es que cada persona busca «*ir a más*» por un camino que le es propio, por un camino por el que se «siente llamado», o «inclinado» o, simplemente, en el que «se siente a gusto» o «se siente realizado». Y esta llamada se realiza desde el fondo de sí, desde lo más profundo de la persona, y se manifiesta en el entramado estrictamente personal de las potencias, cualidades y capacidades de cada persona y en una orientación básica a la que da lugar. Esta orientación básica se vive como inclinación, como aspiración, como orientación personal. Porque, en efecto, **cada persona aspira a ejercer lo esencial y definidor de ella misma.**

Y así, de un modo u otro, todos descubrimos (o podemos llegar a descubrir) que estamos capacitados de un modo particular (en mayor o menor medida) para uno o varios modos de ser y orientación básica que puede ser:

- investigación
- enseñanza,
- administración,
- organización (empresa, política, dirección de grupos humanos)
- creación (artística, literaria, científica, filosófica
- favorecimiento de intercambios (comerciales, intelectuales),
- fabricación
- educación (hijos, alumnos, feligreses...)
- ayuda y servicio a otros
- cuidado,
- servicio público (político, organizativo, defensivo).

La «aspiración» o «llamada» a la plenitud de cada uno toma una o varias de estas formas (expresadas en la vida concreta de muchas maneras posibles, no necesariamente laborales. Por eso, solemos escuchar que alguien trabaja en cierta ocupación pero que en lo que se «realiza» es en aquella otra actividad).

Estas actividades que concretan la forma de plenitud de cada persona, se sienten como apelación, como llamada. Se trata de una llamada que descentra (pone el centro de atención fuera de sí).

Pues bien: En esta llamada particular a la plenitud consiste la **vocación**. **La vocación es la concreción para cada persona de la llamada a la plenitud.** La vocación, primariamente, es vocación a ser persona en plenitud. De este modo, la vocación cristiana, de médico, o de músico son plasmaciones de la vocación general a ser persona, a ser plenamente persona.

La vocación se concreta en un proyecto vital

La vocación que cada uno tiene exige una respuesta. Y esta respuesta se concreta en un **proyecto vital**. La vocación ha de concretarse en cada persona mediante la elaboración de un proyecto que ha de ser probado, integrado, en la propia persona. De este modo, esta orientación básica toma en cada persona su forma particular y se va descubriendo en el decurso vital: cada uno va descubriendo el para qué de su vida.

Zubiri define la vocación como aquello «*que yo soy en el fondo*». ⁴ Se acerca mucho en ello a lo propuesto por **Scheler** en su *Ordo amoris* ⁵ para quien el «*ordo amoris*» de cada hombre (en tanto que sistema de valores apropiado) definen el «*núcleo del hombre*». Es más: para Scheler este «*ordo amoris*» es el «*habitáculo en que anda el hombre, que arrastra consigo donde quiera que va (...) [de modo que] repara en el mundo y en sí mismo a través de las ventanas de ese habitáculo*» (*Idem p. 28*). Esta vocación es «*la unidad de un sentido que lo anima todo*» (*Idem p. 30*) y supone una unicidad en el decurso vital, es decir, la unificación de lo que va tejiendo la biografía, de lo que uno hace de sí. De este modo, la vocación expresa «*el lugar que pertenece a este sujeto en el plan de salvación del mundo, y expresa también su especial faena, su «oficio» en el viejo sentido etimológico de la palabra*» (*Idem p. 32*).

¿Qué es lo que nos han aportado estos dos autores?: que la vocación implica dos momentos: mientras que para Zubiri la vocación es fruto de una elección libre, para Scheler, la vocación brota en la persona pero «*está ya determinada por el destino*» (*Idem p. 35*). Parece, por tanto, que en la vocación hay llamada en función de lo que somos, y respuesta del modo concreto en que se quiere realizar eso que estamos llamados a ser y ya somos en el fondo. Por tanto, **esta vocación**

que descubrimos en nosotros deberá ser probada, experimentada. Y esta experiencia es importante, no vaya a ser que llamemos vocación a lo que no es sino mera ilusión ilusa, como la del joven que quiere ser ingeniero informático simplemente porque maneja bien la «superconsola» de los videojuegos.

Para probar la propia vocación, la persona deberá **elaborar un proyecto** de cómo ser eso que cree que está llamado a ser. La persona tratará así de experimentar si es viable conducirse conforme a lo proyectado. De este modo **la vocación implica un compromiso experiencial**. Si creo descubrir que con esta mujer puedo vivir un amor sólido, fecundo y enriquecedor, no me conformo con conocerla: lo racional será tratar de concretar con ella un proyecto de pareja para ver si se verifica en la práctica eso que el enamoramiento me muestra como posibilidad.

El proyecto vital implica, por tanto, el compromiso en orden a **vivir con determinado sentido todo lo que hay en su vida**: los propios impulsos y tendencias, las propias dotes, las relaciones con los demás (personal y comunitariamente), lo recibido en el proceso de socialización y, en fin, todo aquello que aparece en la situación vital en que se encuentra.

Pero también debiéramos aceptar como buena la explicación de Aranguren, para quien la vocación no es una revelación que dicta al hombre de una vez por todas lo que ha de ser sino que *«la vocación se va forjando en la realidad (...) Las vocaciones prematuras o abstractas forjadas a espaldas de la realidad, son vanas (...). Lo que el hombre ha de hacer se va determinando en concreto, a través de cada una de sus situaciones»*.⁶

La vocación entendida como un estar a la escucha de la voz de la realidad para ir haciendo —creando y probando— el proyecto de la propia vida en un sentido o sentidos determinados (religioso, político, de compromiso social, científico, creativo, docente, artístico, familiar, eclesial, etc.) supone, por tanto, la experiencia de un proyecto que orienta totalizantemente la propia vida (esto no elimina que la



vocación, como todo esbozo, sea problemática y, por tanto, modificable e incluso sustituible).

Llegados aquí, creemos que es importante señalar que la vocación, así entendida, es en realidad una llamada a la felicidad. Y en esto debemos escuchar la sugerencia de otro pensador, **Ortega**, para quien la felicidad surge cuando la vocación y el proyecto vital confluyen. Sin embargo Ortega no era nada ingenuo y era consciente de que cada persona está en una circunstancia que le viene dada y que estas pueden favorecer o no la ejecución del proyecto. La felicidad también dependerá, por tanto, de la armonía entre lo que se proyecta y las propias circunstancias, coincidencia o armonía que para Aranguren es una «gracia», un don divino.

Crecimiento de la persona y vocación

Demos ahora un paso más. ¿Por qué es importante para la vida el conocimiento de la propia vocación y el compromiso con ella?: porque constatamos que **el crecimiento de la persona tiene que ver con la conciencia progresiva de esta orientación básica, de esta vocación, de**

Miguel Ángel Fernández

esta identidad propia y específica de cada uno. Esta búsqueda del «para qué» de la propia vida es de grandísima importancia biográfica, porque su descubrimiento y ulterior experiencia **unifica la vida, la ordena, la pone en camino de plenitud y le da su pleno sentido**. Hace que la vida de la persona tenga una enorme **fecundidad y creatividad**, que sea una persona capaz de compromisos fecundos (en rehabilitación de adicciones lo primero que se busca es un sentido para la persona, es decir, armarla moralmente)

El descubrimiento de su **vocación, junto con la apertura a la trascendencia**, es lo que confiere a la persona el **sentido de su vida**. Se trata, por tanto, de un sentido integral, no parcial. El trabajo, las actividades lúdico-erótico-deportivo-benéficas, el descanso o el viajar pueden dar sentido parcial a unas horas o a unos días. Pero el sentido más profundo y constructivo que actúa como fin de la vida de la persona nunca es relativo, ni es el que está **propuesto por el ambiente** (como el éxito, la profesión como meta, la diversión como dispersión) ni por la propia idea, ilusión o ambición de la persona, sino aquel sentido que descubre en ella misma en lo más íntimo. Es éste el sentido que intuye y que se le impone como certeza al leer en su propia biografía cuáles han sido sus potencialidades expresadas, lo que ha marcado su vida, lo que ha descubierto como más esencial, lo que ha ido unificando su actuar. Y esto es de una importancia excepcional habida cuenta del fenómeno de la pérdida de sentido que se constata en el siglo XX.⁷

Cómo descubrir la propia vocación

Por último, una cuestión práctica: **¿cómo puede ir descubriendo cada persona la idiosincrasia de su personeidad? ¿Con qué indicativos contamos para orientarnos nosotros y orientar a otros?** Pues contamos con varios indicativos fiables, que resuenan siempre en la propia interioridad, en la propia conciencia. Es, en general, gracias al cultivo de esa vida interior, de silencio, contemplación y apertura al otro y a mí mismo como descubro esos indicativos. De esta manera, se puede descubrir la propia vocación:

- a través de la imagen positiva de sí y de cómo se vive,
- a través de las opciones importantes que la persona es capaz de tomar con paz,
- aquello de lo que la persona se ve capaz de ser y de acometer
- las personas que le marcan biográficamente (efecto espejo) como especialmente significativas,
- las ilusiones no voluntaristas ni sentimentales y las aspiraciones profundas que uno ve brotar en sí.

A partir de todo ello se manifiestan aspiraciones, intuiciones, invitaciones interiores o imperativos a realizar determinadas acciones, a tomar ciertas opciones o actitudes. De este modo, se sugiere por dónde podría ir el propio camino. Luego queda un segundo e importante paso: el compromiso con lo hallado.

Notas

1. El dinamismo básico de la persona es la **aspiración a existir** en cierto modo semejante a la aspiración de perfección de toda substancia en Aristóteles, al deseo de ser en sí y para sí de Sartre, o la tensión hacia el Bien de Platón.
2. Nos referimos a nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestra afectividad y nuestra corporeidad sexual. Si en la persona prevalece el proyecto de la inteligencia, o la decisión de la voluntad, o la afectividad o el cuerpo, viviremos intelectivamente, voluntaristamente, sentimentalmente o sensualmente, lo cual indica una falta de armonía y de madurez.
3. La persona puede tener disfunciones, desajustes, reacciones desproporcionadas y repetitivas ante una situación difícil, ante una crítica, o también diversas compulsiones en el comer, en la vida sexual, en el fumar, etc. las cuales son muestras de heridas infantiles o adultas que hay que curar si se pretende la armonía. Y cuando se está armonizado y se vive en unidad desde la propia vocación, surge la fecundidad y la creatividad.
4. ZUBIRI, Xavier: *Inteligencia y Razón*, Alianza Editorial, Madrid 1983. p. 256.
5. SCHELER, Max: *Ordo amoris*, Caparrós, Madrid 1996, pp. 27-40
6. LÓPEZ ARANGUREN, José Luis: *Ética*, Revista de Occidente, Madrid 1972, Sexta edición, p. 282.
7. Cfr. FRANKL, Victor:
 - *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1991.
 - *La psicoterapia al alcance de todos*, Herder, Barcelona 1990, 4ª edición.